

DISCURSO

pronunciado por el alumno de 3er. año de Odontología,

Sr. Angel Franco Izquierdo, en la sesión solemne conmemorativa del día de la Universidad, el 19 de diciembre de 1934, designado por el H. Consejo Universitario.

Sr. Rector de la Universidad de Guayaquil, Sr. representante del Sr. Presidente de la República, Sr. representante del Sr. Ministro de Educación, señores Decanos, compañeros, distinguida concurrencia:

Hubiera sido mi deseo conocer de cerca todos los problemas que exigen urgente realización en la Universidad de Guayaquil, para, dentro de mi capacidad, anotarlos, relievarlos, dándoles actualidad para quienes los desconocen; en esta ocasión tan propicia a escucharse las voces que pregonen mejoramiento, idealidades realizables, por lo mismo que celebramos con júbilo una jornada más de lucha, de deberes cumplidos dentro de nuestras posibilidades. Pero, apenas, el tiempo y la indiferencia con que muchos estudiantes miran los mismos, no me dan lugar a hacerlo mejor.

El problema del mejoramiento de la enseñanza superior enfocable desde cualquier ángulo de crítica que se la mire, se presenta de un matiz casi universal, de una similitud notable sobre todo en las universidades hispanas e indolatinas; es el mismo, casi, con las variantes del factor económico unas veces y el topográfico, otras. Y me atrevo a asegurarlo, no por experiencia de que carezco, sino que ha sido premisa sentada hace mucho tiempo por autoridades en el ramo educacional. El incomparable maestro de juventudes, José Vasconcelos, siempre nos lo pregona en toda oportunidad que se le presenta. Aquí en Guayaquil lo hizo ver con claridad meridiana, personalmente, con el laudable afán de que pongamos nuestro esfuerzo por la causa común; y porque es así, el ambiente, el medio para actuar, se presenta muy propiciatario.

Oigamos lo que dice en Madrid, entre otras cosas el Dr. Villalobos, en una entrevista concedida a la prensa hispana desde su butaca ministerial del Ramo de Educación, refiriéndose al mismo problema: "En España tenemos actualmente los mismos problemas culturales que tenían nuestros abuelos. Hay catedráticos eminentes, meritísimos, pero no hay universidad moderna, que es la institución suprema de la cultura. Y al no existir una universidad pujante, orientadora del espíritu nacional, el bachillerato y la enseñanza primaria no responden a la trascendencia del momento histórico ni al esfuerzo económico del Estado para elevar el nivel cultural del país". Y continúa con todo acierto cuando dice: "Y la realidad, la triste realidad es ésta: los alumnos *selectos* de las Facultades o del Bachillerato son de superior cultura que los alumnos *selectos* de hace diez años; pero el *tipo medio* del estudiante actual sale del Instituto y de la Universidad en condiciones de manifiesta inferioridad que los doctorados y Bachilleres de los pasados tiempos, en el mismo tipo". Verdad irrefutable o innegable y evidente, por palparlo nosotros en el vivir cotidiano.

Este mal es indudable que tiene su cura en el aspecto general mismo; pero aplicando más cerca de nosotros críticas y remedios a elegir; incindiendo el bisturí del comentario sobre la zona infecta por sanar, concretémonos en el Ecuador y a lo que más nos atañe, o mejor, en nuestro primer centro de cultura de la costa.

¿Qué problemas requieren mayor atención dentro de ella? Como corolario de lo expuesto, hagamos un exámen general en su gobierno democrático; su valoración como centro científico en el rol mundial de la investigación y servicio a la humanidad, es decir, lo concerniente a cátedras, laboratorios y su reglamentación; luego sus relaciones con los centros similares de la República y, finalmente, a propósito, el problema de su autonomía, tan de actualidad.

¿Está de acuerdo con el siglo el sistema actual de gobierno de la Universidad del Guayas? Nó, es indudable que no. Falta el verdadero entendimiento tan necesario entre alumnos y profesores. Falta pedagogía en parte del profesorado. No hay espíritu de investigación tampoco en un noventa por ciento del alumnado; el torbellino del momento económico nos arrastra.

Y hago notar, así, que nosotros tenemos gran responsabilidad en el desequilibrio que cada día se agrava más por nuestra indiferencia. Pero por sobre toda consideración flota el

factor determinante que agobia las mejores ilusiones: el económico. ¿Que cómo y quién puede solucionarlo? Pues, nosotros mismos. Porque nunca pedimos o exigimos ayuda a quien debe dárnosla; si no pasamos de la confianza en que el Sr. Rector pedirá al Congreso todos los años aumento de partida presupuestaria para esta infeliz Universidad, a quien se supone, (por haber nacido y mantenerse por milagro con vida en una zona siempre productora que sostiene a los demás), gozar, por afinidad o simpatía al medio, de holganza económica.

Y olvidémonos de esto. Por qué no pedir la creación de un impuesto que consulte todos los intereses, de preferencia los de la clase pobre que es la que se educa? ¿Por qué no explotamos industrias dentro de la misma Universidad como es costumbre establecida en las mejores organizadas que la nuestra, las argentinas sin ir muy lejos? Hay para este fin partida en el presupuesto del Estado, que hasta hoy permanece extraviada en el papeleo del alto gobierno nacional, sin llegar a quien corresponde. Con energía ¿por qué no reclamamos lo que es nuestro? Si no se nos oye, si se nos abandona, por lo menos sabemos de una declaración oficial así; pues, entonces, luchemos solos con valentía y arbitremos con honor y altivez el medio para subsistir y avanzar. Dejar el indiferentismo como norma, para con entusiasmo construirnos la universidad nueva: esta es labor que se impone.

El alumno no tiene la suficiente ingerencia en la organización de la vida universitaria, que es él mismo. Se le obliga a ser parásito; a comer lo que guisado se le dá. Su voz representativa en los organismos universitarios se pierde en el vacío de los prejuicios ancestrales. Un ejemplo de bulto: en el Consejo Universitario un solo alumno representa a las dos terceras partes del número total de compañeros; habiendo dentro de éstos representados, de medicina, odontología, farmacia y obstetricia. Una desigualdad. Lo razonable sería la reforma a quien corresponda de la disposición, para que los representantes sean por lo menos dos, ya que no tres, por esta Facultad. ¿Quién la tiene que pedir? Nosotros mismos, los estudiantes. Yo declaro con honradez que desearía la lleve también un estudiante de Odontología, quien tiene tantas necesidades de hacerse oír por su considerable número y sus consiguientes correctas peticiones. Casos recientes lo comprueban. Necesitando dirigirnos los de odontología al H. Consejo Universitario, tuvimos que hacerlo directamente, porque el representante

estudiantil ni siquiera de físico lo conocían muchos, ni nos inspiraba confianza, digamos de una vez. Muy gustoso estaría mi voto por cualquier compañero de la Facultad para reforzar esta representación, pero para quien sepa de todas las necesidades de sus representados.

Y aquí otro aspecto de la vida estudiantil, sin olvidar tampoco de preconizar la misma necesidad en las representaciones a las Facultades y Asamblea Universitaria. Si no llegar por lo pronto a la igualdad de representación con el profesorado, por lo menos, aumentar el número de voces que reclamen, discutan y ayuden a hacer luces, que la luz puede hacer quien ya cursa estudios superiores. Decía que el otro aspecto que surge en esto de la elección representativa estudiantil, que, nosotros —de paso lo diré— la hemos muerto con nuestra indiferencia rayana en inconsciencia de todo espíritu de lucha; vale la pena anotarlo.

El Sr. Rector de la Universidad hace poco nos ha consultado, mejor dicho, nos ha pedido nuestro parecer, adjuntándonos unas sugerencias del profesor doctor Espinosa Smith, para una mejor reglamentación. Debo decir que las únicas que se han preocupado de tratar el punto, han sido las Asociaciones Escuela de Derecho recientemente, pero sin emitir su opinión todavía, y la de Odontología, cuya mayoría de miembros ha discutido y sostiene este parecer; para evitar las reuniones en determinados días y fechas que se haga la elección de representantes estudiantiles (que nunca se llevan a efecto) se podría colocar ánforas con la seguridad y custodia debidas en los sitios más frecuentados por los alumnos en el plantel, para depositar el voto individual y firmado a favor de determinado compañero o lista de compañeros que se les considere capaces de interpretar el sentir colectivo. Obviaríamos así el fracaso de hace algunos años y desde luego la organización de estas votaciones tendría que hacerse dentro de normas de equidad; o reformarse la indicación de los estudiantes de odontología, quienes estaríamos listos a oír todos los comentarios y las críticas honradas. Nada más hacemos que un alerta para los compañeros de Medicina, Farmacia e Ingeniería, incitándoles que emitan sus pareceres y hagan sugerencias.

Así, con gobierno efectivamente democrático y holgura económica—los dos aspectos analizados—ya tenemos el principio de un fin: construcción de la nueva universidad. Así incrementaremos nuestros laboratorios tan miserables, irrisorios,

vergonzantes, comparados aún con los de otras universidades del país. Todo esto es lo que nos produce deficiencia en el aprendizaje; arraigamiento en la teorización de la ciencia; des-nivele vive por sus propias rentas en esta Universidad: el de Odontología y si actualmente goza de una discreta comodidad, es gracias al entusiasmo de la directiva que, en tiempo oportuno y silenciosamente pero con decisión, supimos habérmolas los alumnos que allá luchamos solos. Una mejor reglamentación con la experiencia adquirida, puede ayudar a la creación de otros tan valiosos Gabinetes como el de Anatomía Patológica, que tanto preocupa al Sr. Decano de Medicina, con su parte correspondiente y modesta para Odontología; y aún para el mejoramiento del mismo Gabinete en la adecuación de un anexo de radiología dental.

Una fuente inexplorada y de que antes hablé, es la industrialización del gabinete Química-Farmacéutico que sólo hasta ahora consume, pudiéndose fomentar ahí industrias con probabilidades de éxito. Quizás el reducido número de profesores y alumnos los hace plácidamente cobijarse con la colcha de la miseria experimental en que los sume sus indiferencia y mollicie.

La creación de cátedras nuevas en nuestra Universidad es imperativo de la hora. Urgente, urgentísima la de Cultura Física ya esbozada por un catedrático dinámico e inteligente, amante del deporte. Yale, Cambridge, Oxford, Harvard, San Marcos, Rosario, Río Janeiro y cien más deben estimularnos para establecer las mismas competencias anuales de tanto provecho en la juventud. No hagamos ya las competencias; eduquemos primero nuestros músculos en el ritmo de la gimnasia sueca, calistenia, natación, etc. Nada se opone a esto que nos daría más vigor para vencer la jornada anual de la asignatura. Ensayemos volviendo a reverdecer las glorias de nuestros equipos de futbol y basquet-bol. Hablemos una, dos, cien veces, hasta convencernos que esto puede ser una realidad. No nos asuste el fantasma de la economía; pensemos que bien se puede con la supresión de cátedras inútiles o fusión de varias en una, conseguir la efectividad del propósito. Agrupémonos al rededor de los profesores entusiastas para formar el núcleo de la célula deportiva universitaria guayaquileña.

De paso reclamaremos la creación de otras cátedras, como las de Química Industrial para la Farmacia; la de Oratoria en

general y Forense en especial, para Jurisprudencia; las de Semiología y Química para la Odontología. Sicología con sus derivadas de Siquiatría o Sicopedagogía en sus Gabinetes de experimentación, para la Medicina; todas urgentes, necesarísimas. Trabajemos para conseguir los medios.

Reforma imprescindible para nuestras relaciones dentro y fuera del país con similares centros de enseñanza: *la unificación de planes de estudios*, aunque ya próxima a resolverse. Pero, desgraciadamente, sólo hasta ese estado por culpa de la Facultad de Medicina (en donde está más avanzado el proyecto). En ella, de la que me honro formar parte, muchas veces una sola sesión empleamos en declarar apto para rendir su prueba doctoral a un estudiante y la suspendemos; otras, nos entretenemos en discusiones personales o de apreciación legalista que poco o nada conocemos. Duro es decirlo, pero hasta ahora nadie ha procurado evitarlo, ni tampoco el sector estudiantil puede responsabilizarse en ello. Aunque el mal-pasajero por cierto—no está en la economía, debemos alejarlo para dedicarnos a tratar problemas que trasciendan haciendo peso en la balanza del equilibrio científico-educativo.

Al esbozar mi plan de comentarios a las necesidades, deficiencias y sus remedios actuales para nuestra Universidad, que han sugerido la escasa preparación y experiencia del que habla; dejé a propósito para este lugar tratar de la autonomía universitaria. De todos es conocido para repetirlo el nobilísimo movimiento de los compañeros y profesores de la Universidad Central por conquistar la completa autonomía de estos centros de alta cultura y del eco que tuvo en los legisladores conscientes de la verdad y necesidad del propósito, como de la terquedad del Gobierno por no perder su muchas veces malsana ingerencia en la vida universitaria; so pretexto de ser el sostenedor económico de las mismas. Resulta como aquellos padres obsecados, que porque sus hijos no pueden subsistir con sus propios medios—aún teniendo capacidad—les obligan a supeditar sus conciencias a la religión, usos y costumbres de quien aunque superior, bien puede estar con medio siglo atrás de civilización. El rechazo de la mayoría congresil al proyecto nos hace pensar con pena en la farsa de la democracia y en el triunfo del retrogradismo sobre la claridad de la razón. En fin, sigamos todos los universitarios del Ecuador unidos hasta conseguir la reforma que se impone. Confíemos en que el Supremo Gobierno salga de su error y *se encauce* por la renovación, de-

jando correr libremente la savia vivificadora de la juventud universitaria para engendrar mañana una patria nueva. Esperemos que el actual Ministro de Educación, exarceado tal vez por los variados tonos de crítica al Gobierno que sirve, haga muchas y amenazantes declaraciones públicas contra la Universidad Central y todas las de la República; esperemos, digo, que recapacite. Recordémosle que ayer no más luchó con el arma de la revolución al brazo, y de la honrada oposición, siempre en definido núcleo intelectual-político, que propugnaba la rebeldía, la liberación de torcidas ingerencias en la vida de la juventud, alma del porvenir. La misma clarinada la recogeremos nosotros por el inteligente Ministro que la quiere, ahora, abandonar.

En este comentario insertaré también lo noticioso y su necesidad derivada con la reciente muerte del sabio odontólogo español, doctor Florestán de Aguilar, acaecida recientemente en su patria. No dudando de la justicia del reconocimiento que debemos a él por sus innumerables trabajos de divulgación científica como autoridad en la materia, la Facultad de Medicina creo hará ostensible en un apropiado acuerdo, el pesar por la pérdida para la ciencia y la humanidad dolida, como acaba de hacerlo con el no menos ilustre profesor doctor y sabio Ramón y Cajal, también fallecido ha poco. Por lo menos, la Asociación Escuela de Odontología así ha resuelto recientemente.

Mucho más tendría por decir; la mayoría de problemas escapan seguramente a mi enunciación; pero tengo la convicción de dejar expuestos los más urgentes de realización. El concepto o la frase pueden estar inadecuadas; pero la intención la aseguro de la más honrada, noble y desinteresada como solo puede caber en el alma de la juventud.

La gratitud, cualidad humana que siempre resplandece en toda actividad noble, me obliga a hacer con la sinceridad de mis frases, el homenaje de reconocimiento para el Honorable Consejo Universitario por el honor a mí dispensado al designármeme como el alumno que os hable en este acto solemne, conmemorativo del día de nuestra querida Universidad de Guayaquil, pletórico de la solemnidad de los grandes sucesos.

Como final, pido a mis compañeros insistir en la lucha por el mejoramiento de la clase; que se me tome en cuenta si se me cree necesario; que la superioridad no se inquiete con los rumores interesados y mire siempre en el alumno al colega de mañana y a su ayer hecho hoy. El éxito más rotundo estamos

asegurando con los movimientos estudiantiles últimos, de común acuerdo entre ambos grupos. No apelemos a la violencia mientras no haya motivos. Unámonos, universitarios, abandonando el vergonzante *partido del indiferentismo*, que hace dudar hasta de la hombría del gran sector que lo ha abrazado; ahondemos nuestros ya abiertos *nuevos cauces* tan llenos de nobleza y confiemos siempre que allá a la entrada de esta Casa respetabilísima, las sombras augustas de Alejo Lascano y Julián Coronel nos protegen contra las ambiciones de círculos, contra la vida de tiniebla, velando siempre con sus frías almas de éter y miradas de mármol, por la integridad impoluta o irridiscencia del "Alma Mater" guayacense.

He concluído.